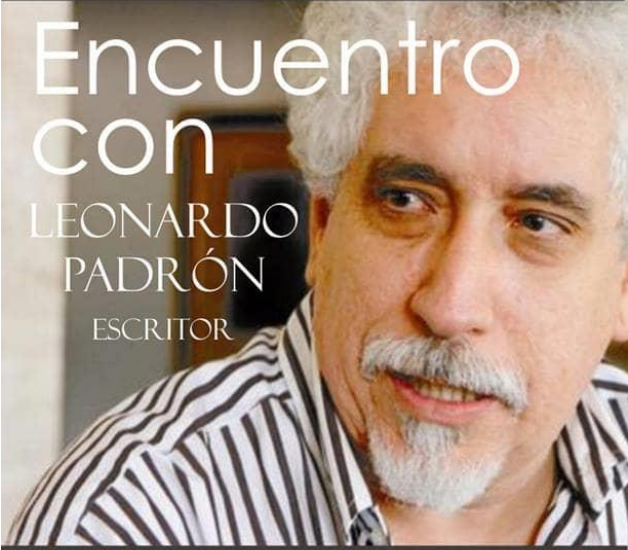




CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI
FOROS DE LITERATURA

FORO: ENCUENTRO CON LEONARDO PADRÓN

Ciclo de reflexiones sobre la realidad nacional




Encuentro
con
LEONARDO
PADRÓN
ESCRITOR


¿Hacia dónde va Venezuela?
¿Qué puedo hacer yo por mi país?
¿Con qué futuro contamos?

Introducción
José Ignacio Moreno León
Presentador: Karl Krispin

Miércoles 22 de octubre de 2014
Auditorio Manoa del CELAUP
10:30 a.m.

 Cátedra Venezuela
Ricardo Zuloaga

Departamento
de Humanidades

 UNIVERSIDAD
METROPOLITANA

www.unimet.edu.ve

“Encuentro con Leonardo Padrón”

Miércoles 22 de octubre de 2015, 10:30 AM, auditorio Manoa

Invitado: Leonardo Padrón

Moderador: Karl Krispin

[Karl Krispin]

Tenemos como invitado a Leonardo Padrón. Antes, el doctor José Ignacio Moreno León, Director General del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Usler Pietri, va a dar unas palabras. Para que Leonardo, cumpliendo con eso que el filósofo Javier Goma llama la ejemplaridad pública, nos de sus razones a nosotros, a todos los que estamos aquí

y muy especialmente a ustedes que se están asomando un poco al futuro de Venezuela, de cuáles son las razones para permanecer, quedarnos, luchar por Venezuela.

Bienvenidos

JOSÉ IGNACIO MORENO LEÓN

Buenos días. Las razones fundamentales de este encuentro las acaba de expresar Karl. Yo simplemente quería agregar que esta iniciativa de tener una serie de encuentros a partir de un invitado tan importante como Leonardo Padrón en el CELAUP, es con la idea precisamente de despertar repentinamente a los estudiantes mayor preocupación por el país, mayor comprensión de lo que está pasando para tener posibilidades de asumir verdaderamente una posición proactiva frente al destino nacional.

Venezuela está, y ahora si lo podemos decir con cifras contundentes, al borde de la quiebra del modelo rentista petrolero. Las cifras financieras de la industria que sostiene este modelo nos dicen que PDVSA está prácticamente quebrada. Lo más triste o lo más preocupante es que pareciera que la dirigencia política del país no esté consciente de lo que esto significa. Hace unos cuantos años el autor Uslar Pietri decía que el día que se acabara el petróleo, y no es que se acabe el petróleo sino que deje de ser en este caso el poder motorizador de la economía nacional, Venezuela será un caso para la cruz roja internacional porque aquí llegaríamos a tener un nivel de pobreza imposible para una propuesta interna. Yo he oído en algunos programas de radio referencias que han hecho - de nuevo sin hacer alusión a Uslar Pietri sino simplemente viendo lo que está pasando -. Por eso nos parece muy importante especialmente que los jóvenes entiendan lo que creemos que va a pasar con la cultura petrolera, por la necesidad de cumplir con esa Venezuela proactiva, competitiva y sobre todo para que entiendan como desempeñarse en la nueva realidad.

Grases mencionaba los casos de Japón, yo puedo decir el caso de Corea del Sur, el caso de Indonesia, etc. Países que hace seis décadas eran países prácticamente destruidos por la guerra y por una serie de circunstancias y fueron capaces de levantarse y ser hoy potencias mundiales sin tener la potencialidad de recursos que tenemos nosotros.

Uslar decía que el principal recurso de Venezuela no era el petróleo, eran los venezolanos, pero para que los venezolanos seamos el verdadero recurso nacional tenemos que estar conscientes de la necesidad de ser proactivos y de entender ese reto que nos plantea las nuevas realidades tanto externas como la nueva realidad que se va a presentar en el país o que se está presentando en el país con esta difícil circunstancia petrolera.

Simplemente les quería dejar un detalle para que comprendan lo que estoy diciendo. Hace seis años Estados Unidos era un país importador de gas, pero Estado Unidos ahora produce más gas que Rusia, que es el mayor productor de gas del mundo, y obviamente se satisface ya internamente. Pero no solamente gas. Con descubrimientos de nuevas tecnologías para extraer petróleo de piedras, lo que llaman lutita, Estados Unidos y Canadá en menos de una década van a ser autosuficientes. Estados Unidos es nuestro principal

cliente en materia petrolera, nos compra cerca de 700 mil bolívares diarios y nos pagan de contado, no como los chinos, ni como los cubanos, ni como los países del famoso ALBA.

¿Qué va a pasar con Venezuela cuando esto suceda? No vamos a tener, ya se puede ver que nuestro país no tiene capacidad para controlar los precios del petróleo. Los precios del petróleo están cayendo porque hay una oferta de países desarrollados que ya impide que se monopolice el tema de los precios. Eso es simplemente una razón estadística o geoeconómica por la cual creemos en la quiebra del modelo.

Pero la otra es la más obvia. ¿Cómo es posible que con tanta riqueza que le haya entrado al gobierno nacional, no solamente en estos quince años sino en todas las épocas desde que ha existido la necesidad de explotar el petróleo, Venezuela esté en el estado en que se encuentra?

Hace cinco décadas el ingreso per cápita de Venezuela era superior al de Japón. Imagínense ustedes lo que hemos avanzado.

Bueno para no quitarle más tiempo a nuestro ilustre invitado yo simplemente quería darle las gracias por haber aceptado la invitación para inaugurar esta serie de encuentros. Muchas gracias a ustedes también por la masiva asistencia.

LEONARDO PADRÓN

Buenos días. Bueno, de verdad para mí es un honor venir y ser además el primer invitado en esta serie de jornadas de comprensión sobre el país que estamos siendo. Siempre me llena mucho de energía venir a las aulas de una universidad porque yo creo que aquí es donde se cocinan las posibilidades de construir un país. Yo confieso que cuando Karl Krispin me propuso esto yo tranquilé el teléfono y me quede un poco aterrado porque yo dije “creo que Karl me metió en un problema” porque es un poco tratar de descifrar hacia dónde va el país. Es quizás un dilema que pueden dibujar con más pertinencia analistas políticos y económicos que un escritor.

Un escritor generalmente es un saco lleno de dudas que anda vistiéndose esa duda con el padre de la ficción, de la crónica, del ensayo o de la poesía; es un atolladero de preguntas. Creo que vale la pena que quizás conversemos entre todos lo que significa este sobresalto que estamos viviendo y como quizás debemos asumirlo.

Yo quería comenzar por leerles un pequeño texto que yo escribí a propósito de esta angustia que tiene mucho que ver con cuán sólido es nuestro sentido de pertenencia con el país. Yo creo que ahí está la clave de todo, es una suerte de columpio entre el sentido de pertenencia y ese otro hilo, otro extremo del hilo que es el desarraigo, que es lo que termina ocurriendo en toda persona que decide quemar las marcas. Yo escribí un texto que se llama *Las bisagras de un país*. Quizás puede ser un punto de arranque para que bueno, después conversemos entre todos porque creo que lo ideal es que yo también los

oiga a ustedes y vayamos resolviendo, en todo caso ventilando nuestras angustias en voz alta.

I. Las bisagras de un país

Quisiera comenzar estas palabras pronunciando el número de mi cédula de identidad: 5.565.722. Siete números que son un sinónimo de mi pertenencia a esta comarca donde nací y donde me he construido como ser humano. Tengo un nombre y un apellido, tengo un idioma, tengo una música particular en las palabras, eso que llaman un acento, que no es mexicano, ni argentino, ni chileno. Tengo una parroquia donde nací, La Candelaria. Tengo la memoria exacta de la calle del Paraíso donde aprendí a jugar béisbol. Tengo el sonido de las metras bajo el silbido de las chicharras que anunciaban la lluvia en mi infancia. Tengo el recuerdo cabal de la playa de San Luis en Cumaná donde aprendí a nadar. Me sé muchos de los nombres de las “Miss Venezuela” que han triunfado en varias décadas. Me he enamorado millones de veces de las mujeres que caminan por las calles de Caracas. He buscado durante años en la prensa deportiva las hazañas que lograron el día anterior gente como Omar Vizquel, Johan Santana o Miguel Cabrera. Mi paladar creció con el sabor del ponche crema, la jalea de mango, el plátano frito y la reina pepeada.

En definitiva, soy y he sido venezolano durante 55 largos y canosos años. Poseo una partida de nacimiento. Poseo un gentilicio, un arraigo, un lugar donde lloro a mis muertos y celebro a mis vivos. Por eso, me urge quizás como a todos ustedes reconciliarme intensamente con esa ruidosa, entrañable y vapuleada patrona de mis días: Venezuela.

Resulta que hay días en que es más fácil hablar de guerra que de paz; días tumultuosos, llenos de noticias no muy gratas; días donde la única brújula es el caos; días que parecen semanas que parecen años. Isaac Newton decía “Puedo calcular el movimiento de los cuerpos celestes, pero no la locura de la gente”. Esa frase nos otorga, aparte de una sonrisa y una verdad, un alivio momentáneo. Nos podemos volver locos, sí, pero no somos los únicos. La historia de la humanidad puede clasificarse de acuerdo a los distintos momentos de locura que ha vivido la especie.

Según lo prueban los hechos, el hombre es un animal violento por naturaleza. El ser humano ha demostrado a lo largo de su historia que posee una gran habilidad para entrar en conflicto con el otro; habilidad que podemos sustituir por la palabra estupidez. Parece que tenemos tanta vocación para el conflicto como para la paz. Pero el paso de la barbarie a la civilización viene dado justamente por la vocación que poseemos para construir esa paz.

Nos gustan las historias de amor (lo confirma el éxito planetario de las telenovelas, las comedias románticas *hollywoodenses* y las baladas pegajosas y tremendamente comerciales), pero también nos entusiasman las historias de violencia (lo constatan las múltiples películas de acción y los populares video juegos plagados de sangre y derrota).

Y nombro estas palabras tan altisonantes, tan tremebundas como guerra y paz, porque hoy en Venezuela no se vive una guerra en el sentido literal de la palabra, pero

obviamente el país está dividido en dos parcelas que se tildan de enemigas entre sí. En todo caso, vivimos bajo un estado de conflicto permanente que nos ha cambiado la vida. Nos desgastamos unos a otros en un torneo de insultos que a veces se convierten - peligrosamente- en balas y fallecidos. Es allí cuando el olor a guerra se torna más cercano, es allí cuando debemos prender las alarmas de nuestro raciocinio.

En todo caso, la vida en general está llena de turbulencias, nubarrones y pequeñas tormentas. Pero también posee muchos días luminosos parecidos a esas playas serenas que se acercan a la imagen que tenemos de la paz. Quizás lo que más nos inquieta hoy en día es que el balance natural entre esos dos paisajes se ha perdido. Hoy somos mucho mar revuelto, marea alta, truenos en el cielo.

De pronto hemos descubierto que el venezolano no solo es buen humor, concordia y generosidad, como solemos decir, sino que también puede ser estridencia, rencor y violencia. Este descubrimiento no nos hace mejores ni peores que otro país. Todo ese contradictorio equipaje está en cualquier ser humano. Estamos hablando en realidad de la naturaleza humana y de que hemos aprendido que no podemos quedarnos estacionados en la facilidad extrema de un estereotipo: Ah!, que chévere somos los venezolanos, que simpáticos, que dicharacheros, qué jodedores somos. No, también podemos ser egoístas, corruptos y resentidos. Duele decirlo, pero es así. El caso es que hemos entendido en estos años que ha habido un terremoto con serios daños en nuestro sistema de valores.

Cuando estamos en mitad de un movimiento telúrico de esa magnitud parece imposible poner sobre la mesa palabras como unión, diálogo, reconciliación, reencuentro. Pero esa dificultad solo significa algo: estamos en el momento de mayor compromiso con nuestra historia y nuestro gentilicio.

Es imperativo ponerle punto final a tanto desencuentro. Convertirlo en un estimulante debate de ideas y no en un ejercicio de odio. La soberbia y el orgullo son grandes soldados del odio, los enemigos naturales de cualquier unión, la playa salvaje donde mojamos nuestras palabras para luego lanzarlas como flechas, como dardos, como perdigones al otro, al que nos lleva la contraria, al que disiente, al que piensa de otra manera.

¿Podemos lograrlo? Esa es la pregunta que todos debemos hacernos, y responderla lúcidamente en voz alta y con mayúsculas.

Claro que podemos lograrlo, digo, insisto, tercamente repito. Tenemos que apelar a la razón por encima de la emoción. La emoción es inmadura, es impulsiva, es reactiva. A la emoción le gusta gritar te amo, como grita gol y como grita muerte. La razón, en cambio, tiene otra velocidad, una velocidad más sosegada donde se permite ponderar, evaluar, analizar, codearse con la inteligencia, registrar la historia tan llena de ejemplos, de errores, de buenos y malos consejos.

Tenemos que poner el país encima de la mesa como si fuéramos a ejecutar una operación de corazón abierto. Evaluar el saldo de las heridas, sacar cuentas, bucear hondo

hasta conseguir lo mejor de nosotros mismos. Conseguir ese hilo con el que vamos a coser los puntos desmembrados.

No lo olvidemos: Así como sabemos ser estridentes y virulentos, también sabemos ser serenos y cordiales. ¿Cuántos abrazos han dado ustedes en su vida? Piénsenlo: el abrazo del amor (que tiene distintas variantes: a los padres, a los hijos, a la pareja), el abrazo de la amistad (al compadre, al amigo del liceo, al amigo de tragos, al de las grandes confesiones), el abrazo de la victoria (en el béisbol, en la graduación de un hijo, en algún premio modesto), el abrazo de las fiestas y los rituales. Son muchísimos. No nos cuesta nada abrazar. Lo gozamos porque somos querendones, nos gusta el contacto, la elocuencia de la piel. Somos tropicales y por lo tanto gente vehemente y festiva. Piensen ahora, ¿cuántos golpes han propinado en su vida? ¿Uno de ustedes ha disparado alguna vez un arma? Estoy completamente seguro que la colección de abrazos que poseen es mucho más numerosa que la de golpes y disparos.

Y muy cerca del abrazo está la sonrisa, la carcajada, la fiesta iluminada de la risa. Tenemos un largo historial de risas en nuestro haber. Muchas veces pienso que alguna de esas risas nos tiene que salvar.

Por eso, porque sabemos ser felices, porque lo hemos sido montones de veces, tenemos el compromiso histórico de convertir en pasado la inmensa zanja de dolor que hoy nos divide. Tenemos que cancelar la era de las discusiones inútiles y procurar otras, las trascendentes, donde sea más valioso el diálogo antes que la venganza, la concordia antes que el resentimiento.

Se nos impone por supuesto reconstruir nuestro sistema moral porque hoy es un edificio viejo y abandonado con olor a orín, restos de sangre y basura acumulada. Debemos ser mejores de lo que somos hoy. Retarnos, exigirnos, estar a la altura del compromiso, un compromiso inmensamente histórico que estamos viviendo. Hay que salir a cazar la paz como si fuera el último alimento necesario para nuestra subsistencia.

Los desacuerdos humanos que sean solo eso, desacuerdos y no decretos de guerra a muerte. Debemos procurar nuevos sistemas de convivencia. La paz es la gran playa deseada por todos, llegar a ella es un viaje largo, complejo, extenuante. Siempre he pensado que ser humano no es un punto de partida, sino un punto de llegada. Es decir, uno aprende a ser humano. Es una dura y compleja carretera con un estupendo desenlace. Así mismo ocurre con la paz, es un punto de llegada, un extraordinario punto de llegada.

Hoy, por ejemplo, un país como Colombia busca una paz que desde 1984 le ha costado 6 millones de víctimas. La paz de Europa costó 50 millones de muertos. Como bien lo dice el escritor colombiano Santiago Gamboa: "Las guerras no se ganan ni se pierden, solamente se sufren. Y todo el que ha estado en una guerra, así salga ileso, es un herido de guerra". No merecemos convertirnos en heridos de guerra. Aún desde tiempos inmemoriales el duelo ha sido entre la barbarie y la civilización. La poderosa metáfora que Rómulo Gallegos nos regaló en Doña Bárbara sigue vigente. La gran apuesta es por los

constructores de civilización. Un maestro es un constructor de civilización, un músico, un empresario, un corredor de seguros, un obrero.

Alguien escribió una vez que “La esperanza también es un talento”. Es una frase poderosa y certera. Es la tarea, quizás la primera, de todos los que habitan este mapa: ejercer activamente nuestro talento para la esperanza.

En definitiva hay que construir las bisagras de un país donde la decencia se convierta en rutina, donde mi diferencia sea el vínculo con la tuya, donde sea moralmente inadmisibile el escarnio. Aquí todos estamos agotados de tanto desencuentro, de tanta agresión mutua. Es imperativo conseguir la bisagra que nos regrese a una topografía de múltiples registros. Por eso, en estos días feroces hay que ponerse el mapa encima. En estos días toca revisar lo que somos y lo que hemos dejado de ser. Necesitamos *resetear* el país, o dicho en otros términos: coser de nuevo al país, rediseñar sus bisagras.

¿Qué nos vincula a todos los reunidos aquí con un hombre del páramo merideño, con un pescador del Golfo de Cariaco, con un trabajador de la Siderúrgica en Bolívar, con un maestro jubilado que vive en Caricuao, con un enjambre de estudiantes de la Universidad Central o de la Universidad Católica Andrés Bello, con un ejecutivo que trabaja en el Cubo Negro o con una adolescente que mañana a las tres de la tarde se convertirá en mujer con un apartamento en Valencia? ¿Qué tienen en común un dirigente del partido de gobierno con un viejo adeco de los años 50, con un líder emergente de Primero Justicia o con alguien que nunca ha creído en la política? ¿Qué iguala a un magallanero con un caraquista? ¿Qué me vincula con mis abuelos, con tus hijos, con los primos de todas las familias?

Muchas cosas. Una multitud de elementos arropados bajo una sola palabra: Venezuela. El país, el idioma, las tradiciones, todo un sistema cultural, una historia común. En definitiva, eso que llaman la identidad nacional. Si cualquiera de nosotros está en un lugar remoto del planeta, por ejemplo Australia, en una casa desconocida rodeado de gente que habla otro idioma en mitad de una fiesta, y alguien saca un cuatro, vamos a sentir una brisa de euforia y bienvenida, vamos a sentir la identidad nacional. Si alguien entonara una gaita nos pondríamos todos muy maracuchos, si alguien hablara del Ávila nos volveríamos un derroche de grandes adjetivos, si un alemán nos preguntara por Francisco de Miranda, si nos interrogaran sobre las mujeres más hermosas del mundo, si un chef japonés quisiera saber cómo se hace una arepa o qué hay dentro de una hallaca, si de repente caminando por la Gran Vía de Madrid sonara el himno nacional de Venezuela, si en un juego de adivinanzas nos preguntaran por el salto de agua más alto del mundo, si alguien dijera Simón Díaz, Teresa de la Parra, Cruz Diez, Andrés Galarraga, Oscar D'León, si nos pusieran a comparar las playas de Los Roques y Margarita con cualquier otra, si alguien quisiera aprender a bailar salsa, si nos encontráramos la bandera de Venezuela en mitad de un estadio de fútbol donde juegan argentinos y suizos, sin duda una oleada de orgullo nos invadiría. Todos esos son puntos en común, lugares de reencuentro, palabras que caben todas en ese pequeño rectángulo plástico que llevamos en la cartera y llamamos cédula de identidad.

Pero sobre todo debemos concentrarnos en esa bendita palabra que nos sigue reuniendo a todos: Venezuela. Una palabra que anda maltrecha, cojeando, apabullada por nuestro propio desencuentro. Una palabra tan grande que está llena de playas antológicas, picos nevados, dunas de arena, llanuras y selvas monumentales. Una palabra donde cabe el joropo, la fulía, el galerón, los tambores, la onda nueva, las orquestas juveniles e infantiles y la movida acústica urbana. Una palabra llena de libertadores y hazañas magníficas. Una palabra donde habitan, se mueven, aman y desaman millones de ciudadanos. Una palabra, cierto, donde también cabe el bochinche, la corrupción y la inseguridad. Pero justamente porque la identidad nacional es el denominador común de los habitantes de un país, es un mandato rotundo de cada uno de nosotros cuidar lo nuestro, cuidarlo como se cuidan los hijos o los grandes tesoros. Todos somos habitantes del mismo sol, el mismo sol que ardió en las pupilas de nuestros ancestros. Somos el trópico absoluto, esta luz maravillosa, este viento yodado, este paisaje que solo es nuestro y que circula por nuestra sangre como un tatuaje irreversible.

Solo aspiramos pluralidad, bienestar, conciliación. Ese es el punto crucial. Necesitamos un país que nos contenga a todos, que sea norte y futuro no fractura y violencia, un país que tenga 28 millones de abonados para el mismo juego, una patria cuya mejor ideología sea la mano extendida, un país múltiple y unido. El detalle es que solo entre todos podemos conseguirlo.

A fin de cuentas, todos estamos dentro de esa misma palabra que tanto nos necesita y nos define: Venezuela. Ella es nuestra gran casa. Y no hay otro mandamiento posible: cuidar la casa grande que nos cobija, eso debemos, con todas las entrañas de nuestra existencia.

Gracias.

Bueno, quería leerles este texto como punto de partida porque yo sé que a pesar de esa invocación a reconocernos en nuestro país, de enfatizar el sentido de pertenencia.

Las dudas, la angustia, el sobresalto sigue intacto. Estamos viviendo en un país donde, lo he dicho varias veces, la muerte tiene más *rating* que la vida, donde al parecer hay más balas que pájaros allá afuera. Esa ha sido una de las angustias principales de muchos de los venezolanos que deciden quemar las naves e irse del país. De repente saber que estamos ante un país donde el mérito ya no es una tasa de valor, donde justamente los sistemas de valores que siempre han construido el sentido común, el conocimiento y las ganas de construir un país parecieran ya estar desalojados por la intemperancia, por una gran oleada de resentimiento nacional, por una sed de venganza histórica de un sector que se hace llamar de izquierda contra otro sector del país que incluso ni siquiera quiere tener una etiqueta encima, porque en un simplismo histórico insólito nos han dividido en gente de derecha, en gente de izquierda, en gente que son patriotas y gente que son apátridas.

Uno empieza a sentirse como que lo están desalojando de un lugar que empieza a ofrecer resistencia, y te vas dando cuenta que todo empieza a apuntar a que lo más lúcido, lo más inteligente que debes hacer es irte del país, apostar a otro futuro donde se te garantice la vida, nada más y nada menos.

Bueno yo quisiera comentarles de mi propio caso. Yo tengo más de 30 años dedicado a la escritura y más de 25 años dedicado a la industria de la televisión, una industria que está prácticamente agonizando, que fue pionera en toda Latinoamérica. Los venezolanos fuimos grandes contadores de historias de amor que se vendieron en 30, 40, 50 países alrededor del mundo y estamos actualmente a la zaga, nos salimos del cuadro de honor. Antes los escritores íbamos a dar talleres de escritura a países como Colombia y ahora los colombianos son los dueños del mercado, con historias además muy llenas de identidad propia. No es que se pusieron a hacer historias como los mexicanos que son los que dominan el mercado hispano de Estados Unidos. Empezaron a contar sus historias, incluso a revisar los momentos más duros y más crueles de su historia. Los que de repente se pudieron asomar a una serie como la de Pablo Escobar, el patrón del mar, más allá de lo que significaba el espectáculo televisivo ahí hay una revisión de la historia de Colombia de los últimos 40 años. Uno que es escritor de este país, que le fue a dar clases a aquellos escritores, empezó a ver con envidia como ellos empezaron a contarse y a tener éxito echando sus cuentos, y como a nosotros nos empezaron a amarrar las manos y a ponernos tirro en la boca y a decirnos “esto no lo puedes contar, esto tampoco lo puedes contar”. Y cada vez se nos ha ido como esterilizando la posibilidad de escribir con libertad. El principal axioma de cualquier creador, de un escritor es que si vas a escribir con una camisa de fuerza entonces se te comienzan a engarrotar los dedos de la depresión creativa.

Yo he sido particularmente, personalmente hostigado, asediado por la nomenclatura del poder. El propio presidente Maduro tres veces en cadena nacional me nombró, me invocó además para denostar mi trabajo. En algún momento de este año, a principios de este año, el 7 de enero asesinaron a Mónica Spear que había sido la última protagonista de mi última novela que había escrito por este país. Yo casualmente estaba en Estados Unidos y muchos medios se me acercaron para entrevistarme (Caracol, Univisión, etc.). No dudo, en algún momento supongo que el país se hizo amante de Mónica Spear. Fue como un detonante, algo que le quitó el velo al tema de la inseguridad porque la noticia salió reflejada en los países más remotos, hasta en los países del medio oriente salió en primera página esa noticia. Maduro no tuvo más salida que referirse a mi diciendo que yo estaba diciendo una cantidad de cosas inexactas por televisión o por prensa, y que yo más bien debería sentirme muy culpable y que no debería dormir nada bien porque la violencia que se vive en el país se debía a gente como yo. Imagínense ustedes cuando un presidente de la república evade su responsabilidad y se la envía a un simple escritor de historias para televisión. Yo me sentí absolutamente impactado, boquiabierto. Obviamente todos los escritores, todos mis colegas entraron como en alarma. Esa novela en Venezuela iban a repetirla en homenaje, y por supuesto ante las amenazas estridentes del presidente de la república en un acto sin duda de miedo, de sumisión y de autocensura, se decidió engañarla, silenciarla, como tienen rato silenciándome a mí en televisión. No he vuelto a tener una historia al aire, sin duda una de las razones es política. Pero he tenido otro

capítulo donde también me llamó virulento por las cosas que yo escribí en *Twitter*, me convidó a enfrentarlo. Una cosa extraña que un presidente de la república se esté dedicando en un momento de sus cadenas a enrostrar el odio en gente con nombre y apellido. Como lo ha hecho conmigo lo ha hecho con Laureano Márquez, como el presidente Chávez lo hizo con Zapata, como lo han hecho con Rayma, como lo han hecho con Wilde. Los caricaturistas, los escritores, los canales de televisión, las emisoras de radio, todos nos hemos sentido asediados, todos nos hemos sentido absolutamente amenazados.

Yo he sido jaqueado dos veces, he recibido amenazas de muerte en mi casa a la una de la mañana. Es muy fuerte que suene tu teléfono a la una de la mañana, el de tu casa, ni siquiera el celular, y esté del otro lado alguien diciendo “te vamos a quebrar”, con el respectivo registro de groserías que suceden a una frase como esa.

Les confieso que yo no me pienso ir de este país, más allá de todos esos ladridos, de todas esas creencias. A ratos de vez en cuando me pasa por la mente eso, y pienso en mis hijos y pienso en mi entorno. Pero creo que se trata de eso, lo que quieren justamente es que la gente de bien, la gente que está apostando por sensatez, porque las cosas se hagan de manera correcta, la gente que cuestiona, la gente que disiente se calle, se replieguen y se vayan. Irse es una forma de callarse. Ojo, yo no juzgo para nada a toda la gente que se ha ido. Se habla de un millón y medio de personas que se han ido en los últimos años, lo cual es un síntoma muy duro, una diáspora bien contundente. Uno se asombra de cómo a un presidente de un país no le duele que tantos venezolanos estén saltando, brincando del mapa como si fuera un transatlántico que está siendo ágora y todos están brincando para escaparse antes de que se hunda.

Yo pienso que en la medida en que les hagamos el juego, en que nuestra opinión sea ir hacia el aeropuerto de Maiquetía o a cualquier otro aeropuerto internacional del país estamos sencillamente entregando nuestra casa. Es como cuando uno tiene a su mamá muy enferma, uno no la deja en el hospital tirada o en el cuarto tirada, uno hace todo lo posible por salvarle la vida a la madre de uno, uno busca la última farmacia, el último médico del mundo. Hace todo para salvarla. Vayamos al lugar común: Venezuela es la madre patria. Entonces ¿la dejamos sola y nos vamos? Sinceramente no creo que esa sea la actitud que debemos tener ante el compromiso histórico que tenemos ahora.

A veces los estudiantes de comunicación social me dicen “¿Cómo hacemos nosotros para ejercer nuestra carrera en un medio donde los periodistas son inmensamente perseguidos?”. Bueno, justamente creo que es un reto para tu oficio ejercer tu oficio con honestidad. Todo periodista es un adicto a la verdad, todo periodista tiene que producir la verdad y revelarla y decirla a como dé lugar. Uno ve por ejemplo que hay periodistas de **El universal**, **El universal** es una insignia, un emblema de libertad, de democracia, y ahora uno ve lo que es, como ha cambiado, se ha llenado de buenas noticias, como se ha llenado de buenas noticias **Últimas noticias** y otros periódicos, y los periodistas que están ahí van, hacen su trabajo, le dan a **El universal** lo que saben que va a publicar y en las redes sociales echan el resto de la historia. Una vez por ejemplo los periodistas hicieron un mensaje sensacional en el extraño caso del asesinato de Robert Serra y el otro extraño

caso, muy continuo, muy cercano en tiempo, del enfrentamiento entre colectivos y el CICPC. Uno de repente admira a esos periodistas que siguen haciendo su trabajo y uno dice que eso es lo que se llama vocación, esto es lo que se llama hacer su labor. Siendo periodistas dicen “si me callan por aquí, hablo por aquí”. Creo que eso, en cada profesión, en cada nicho del país, creo que es lo que nos toca hacer a todos aquí.

Le gente habla de despedirse. Bueno, me voy, Miami. Allá hay un poco de venezolanos, me voy a sentir como en casa. Allá si se consigue harina PAN, allá si se come empanadas. Bueno, se están yendo los artistas, allá veré a Huáscar Barradas. Pero no es lo mismo y toda la gente que está allá te dice que no es lo mismo. Hay una desazón interior, como que le quitaron algo tremendo, dolorosísimo. Uno ve allá a venezolanos que están allá que de repente han construido una obra aquí y los ves allá comenzando desde cero, y es muy fuerte. Imagínense ustedes, voy a hablarle de casos que de repente en el imaginario de ustedes están personas que aquí son famosísimas. Orlando Urdaneta que en sus tiempos cuando se fue, intempestivamente se tuvo que ir porque lo iban a meter preso, cuando empezó buscando trabajo él decía que le preguntaban “*What is your name?*”, él decía “Orlando Urdaneta”, y le respondían “*Orlando what?*”. No sabían su nombre. Alguien que, me contaba él, se le accidentaba el carro en el junquito a las diez de la noche y bajaba gente a ayudarlo y terminaba tomándose una cerveza con la gente del rancho más cercano. Todo eso estaba en el imaginario de los venezolanos. Empezar de cero a construir otra vez lo que significaba Orlando Urdaneta o cualquier otro de los tantos venezolanos que se han ido para allá en esa misma posición.

Hace poco estaba yo en Miami y fui, porque uno es loco cuando una va para allá, buscando donde comer empanadas o arepas. Fui a una venta de empanadas y había una muchacha frente al baño limpiando frenéticamente una mesa, me vio y me empezó a contar su historia. Tenía tres meses que se había ido, vivía en Chacao en plena hecatombe de las guarimbas, me dijo que tuvo muchos días aspirando bombas lacrimógenas, que decidió agarrar su bolsito y su marido e hizo el salto al vacío. Esa muchacha es P.H.D. en economía y estaba allá limpiando mesas en una venta de empanadas. A mí de verdad eso me partió el alma porque la salida no puede ser esa tan impulsiva, tan reactiva. Renunciar a lo que has construido con años de universidad, con postgrados, con el desvelo que significa el conocimiento y el placer que significa el conocimiento.

Bueno les pongo otro ejemplo, Alba Roversi. La famosa villareña de una novela muy famosa en los años 80 escrita por Cesar Miguel Rondón, una estrella en este país. Allá me dice “tengo que ir a todos los casting y poner Alba Roversi: 1,50 de estatura”. Te ponen camarita, la agencia de una vez llama a 30 mexicanas que simplemente van porque el público mayoritariamente es mexicano. Ustedes ven como el éxodo es una palabra bien complicada, bien difícil y como arrasa.

Aparte de eso uno está renunciando a la casa mayor a la que me refiero en este texto, al sitio donde uno sabe que la música con la que uno habla es la música que hay en el aire, que uno se conoce todos los recovecos de este lugar, todas las playas, ¿Cuántos

amaneceres no ha vivido uno aquí donde uno ha sido feliz, infeliz, donde uno se ha enamorado o enterrado a sus muertos? En fin, es renunciar a un costal de cosas.

Gente que termina metiendo su vida en dos maletas, en dos maletas. Yo lo escribí en estos días en una crónica, *La vida cabe en dos maletas*. Es absolutamente escalofriante sentir que la vida cabe en dos maletas. Obviamente cabe dejando un inmenso duelo atrás de cosas que estás abandonando.

Entonces yo les hago estos comentarios con ejemplos concretos incluso de mi propia vida porque creo que es la mejor manera de visualizar que la decisión de abandonar el país no necesariamente es la mejor solución. Yo creo que como dijo Karl Krispin al principio nosotros tenemos que analizar la historia, la historia de otros países y darnos cuenta de que vivimos a veces momento estelares y vivimos a veces momento oscuros y que tenemos que saber lidiar con esos momentos oscuros con lo mejor de los cerebros que hayan en este país, con la mejor de las voluntades y las tenacidades. Tenemos que ser un inmenso, un gigantesco club de testarudos que tengamos además un socio agarrado de la mano que sea la esperanza. Así me dice mi corredor de seguro, que es un optimista crónico, “de la esperanza soy el socio”, cada vez que se despide, y a mí me fascina cada vez que lo dice. Un tipo humilde. Yo digo, ese optimismo que le veo a ese tipo humilde a mí me contamina positivamente, me contagia, me exalta y creo que es una premisa de vida que uno tiene que asumir en estos tiempos. Tiempos aciagos, tiempos duros donde la verdad permanentemente es bombardeada por la manipulación, por la mentira, por el ultraje. Pero señores hacer una patria, construir una patria, vivir en una patria no siempre es simplemente un despertar, un buenos días, un voy al trabajo, un vuelvo a mi casa y ya. Muchas veces los países se ven sometidos a momentos de intensa exigencia. Ni hablar de cada país de Europa que vivió la primera y la segunda guerra mundial. Venezuela está llena de inmigrantes, de italianos, de españoles que vinieron huyendo de la guerra, que pasaron hambre y han terminado siendo tan venezolanos como nosotros

Estas son reflexiones que quiero hacer con ustedes porque a mí me angustia inmensamente estar despidiendo a tantas personas todas las semanas. Me parece que estamos cometiendo un dolor infortunio. Me parece que para recuperarnos a nosotros mismos tenemos justamente que ajustarnos.

INTERVENCIÓN DEL PÚBLICO: ¿Cómo mantener la esperanza cuando vemos que el sistema perverso político que reina actualmente en nuestro país se ha atornillado a una experiencia de varias décadas en vista de una isla del Caribe que tiene un sistema probado que empieza en el destacamento militar? ¿Qué esperanza real puede uno confrontar con la situación actual que atraviesa el país?

LEONARDO PADRÓN

Yo creo que, pensando en ese punto, la apuesta es a la inmensa mediocridad de ellos, la inmensa incapacidad para gerenciar los recursos del país. Estamos viendo lo que está pasando con el petróleo venezolano. Primera vez en la historia de la república que estamos importando petróleo. Ellos dicen que es petróleo liviano para mezclarlo con un petróleo más denso, nos dan explicaciones técnicas. Pero Venezuela nunca ha tenido necesidad de importar petróleo, nunca hemos tenido necesidad de repente de tratar de vender CITGO porque en el fondo lo que necesitan es liquidez. Ellos están asumiendo un modelo económico que ha sido desalojado por la historia de muchos otros países. La propia China ha tenido una economía de mercado bastante cercana a lo que uno puede llamar una economía neoliberal, huele muchísimo a capitalismo lo que hacen los chinos. Bolivia misma que es tan cercana. Uno veía esos grandes abrazos entre Evo Morales y Hugo Chávez, pero Evo Morales tuvo por lo menos la sensatez, o su equipo económico tuvo la sensatez de decir ok, seamos amigos pero no nos vamos a echar palo del mismo lado, deja que ellos agarren su modelo económico tan parecido al cubano y nosotros vamos a ejercer nuestro modelo económico, que es un poco el que la sensatez dicta. A mí me han contado que en los cajeros de Bolivia uno puede sacar dólares, es decir, que incluso van en pleno crecimiento.

Yo creo que el venezolano, incluso el que tiene bozal de arepa, incluso el que estaba hipnotizado porque teníamos a un verdadero encantador de serpientes que hay que reconocerle que era un verdadero encantador de serpientes, un caudillo, Venezuela siempre ha sufrido la plaga de los caudillos, y bueno nos tocó en el siglo XXI nuevamente el fenómeno de un caudillo. Estamos en una sociedad globalizada donde además uno está al tanto de cómo marchan las otras sociedades y en el fondo saber qué es lo realmente más saludable. El ciudadano de a pie, el ciudadano que pudo haber sido seducido por ese flautista Gamelic, que se está dando cuenta que de qué sirve ponerse una camisa roja, gritar dos consignas, ir a tres marchas porque te van a regalar una botella de ron y dos franelas más, si en tu casa no vas a tener harina, no vas a tener aceite, no vas a tener Acetaminofén, no vas a tener champú, no vas a tener desodorante, etc.

Yo creo que a veces lo que llamamos oposición le hace al favor al gobierno, y no estoy hablando de los partidos políticos, estoy hablando de nosotros los ciudadanos que fustigamos muchísimo a lo que nosotros llamamos oposición como si nosotros no fuéramos también oposición. Estamos permanentemente cuestionando las acciones de lo que hizo o dejó de hacer un líder coyuntural y no hemos sabido generar una concertación de fuerzas. Yo creo que estamos en un momento en el que todas las encuestadoras, incluso las pagadas por el gobierno, el gobierno tiene ahorita el índice de popularidad más baja en todos sus quince años. Nadie cree en la eficacia del modelo económico que está implantando ni en la asertividad de la persona que toma las decisiones en el país, de hecho hay gente que cree, duda que él tome las decisiones.

Estamos en un momento en el que podemos cambiar la historia. Hay gente que dice, la gente virulenta, drástica, radical dice que hay que cambiar ya, cambiar con calle y sangre. Yo soy de los que creo que hay que cambiar con calle y elecciones, lo que implica un poco de paciencia y de estrategia.

Hace 15 años del apocalipsis para muchos, para otros es felicidad, pero de repente 15 años en la vida de un país no es mucho. Para nosotros parece una enormidad, nos parece eterno. Pero creo que hay que tener también un poquito de perspectiva. A Chile le costó su tiempo, a España le costó su tiempo, a Argentina le costó su tiempo, en fin. Tenemos que asumir todo con perspectiva icónica y ser menos duros con nosotros mismos.